

# La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.  
Manuel Orozco y Berra.  
Hilarion Frias y Soto.  
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

## EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO III. }

MÉXICO, OCTUBRE 1º DE 1873.

{ NUM. 45.

### CUENTOS DE MI ABUELO.

#### LA PIEZA DE ORO.

Si entre los beneficios que se hacen hay algunos que solo producen olvido é ingratitude, los hallamos tambien á menudo que nos granjean dulces gozos, y dejan impresa para siempre la mas reconocida memoria.

Eufrosina, hija de M. de Murval, negociante acaudalado, tomaba el fresco una tarde de verano en un balcon de la casa de su padre con muchas jóvenes de su edad. Mientras que se echaban partidas numerosas de juego en el salon, se divertian estas doncellas en ver á dos muchachos auvernianos, que juntos ejecutaban en la calle una danza de su tierra al son de una gaita, cuyos broncos y rústicos acentos cuadraban perfectamente con las piruetas ridículas y chillidos penetrantes de ambos montañeses.

Moríase de risa Eufrosina al ver todas sus contorsiones, y todo en compañía de sus jóvenes amigas, cuando uno de ellos se presentó debajo del balcon, alargando su sombrero, y pidiendo segun uso algun socorro para los pobres muchachuelos auvernianos.

Eufrosina, que no tenia consigo nada que darles,

va corriendo al salon, y pide á su padre, ocupado entonces en una berlanga muy fuerte, algunas piezas de dinero para socorrer, le dijo la hija, á dos montañesillos que la tenian muy divertida. M. de Murval entregó varias piezas á su hija, que esta envolvió en un pedazo de papel, y que fué á echar inmediatamente al pequeño bailarín de Auvernia, que alargando siempre su desgarrado sombrero, dijo á las doncellas que se asomaban juntas por el balcon: «¡Dios se lo pague á vdes., señoritas mias!» Al pronunciar estas palabras, guardó en su bolsillo el pedazo de papel con cuanto les habian echado de las ventanas inmediatas, y desapareció con su compañero, tocando siempre la gaita.

Al desayunarse Eufrosina al siguiente dia con su padre, le hablaba de la burlésca danza de los dos muchachos auvernianos, y deploraba la suerte de todos esos desgraciados montañeses, que en una edad tan tierna todavía, se trasladaban á doscientas leguas de la aldea que los vió nacer, para entregarse en la capital á las mas duras faenas, y sobrellevar, casi desnudos, el rigor de las estaciones, y una miseria tanto mas penosa, cuanto son testigos oculares incesantemente del fausto, delicias, y opulencia.

M. de Murval se aprovechaba de las justas re-

flexiones de su hija, para hacerle conocer por cuán felices hemos de tenernos en gozar de los favores de la fortuna, del beneficio de una buena educacion; y la hacia confesar al mismo tiempo que somos reprobables para con la sociedad, é indignos de las gracias que la Providencia nos acuerda, cuando nos negamos á socorrer á los desgraciados á quienes ella priva de sus dones.

Cuando la conversacion entre padre é hija iba acalorándose sobre esta interesante materia, vino un criado á decir que dos muchachuelos auvernianos querian hablar á la señorita. «¿Si serán acaso los que tanto me divertieron ayer tarde?» dijo Eufrosina; ¿qué me querrán?—Diles que entren, repuso M. de Murval.» El criado introdujo luego á los dos montañesillos, quienes, encogidos y temiendo manchar el suelo de la vivienda con sus huellas, habian dejado sus ferrados zapatos en la antesala, y pasaban adelante descalzos. —«¡Son los mismos!» exclamó Eufrosina al descubrirlos.—«¿Qué se os ofrece?» les dijo M. de Murval. Ambos montañesillos estuvieron al principio sin responder por un rato, mirándose uno á otro, y dirigiéndose señas sobre quién llevaria la palabra. Finalmente, el mayor, estrujando su sombrero, y sacando de su seno una bolsa de cuero mugrienta del todo, le dijo: «Disi-

mule vd., señor, si nos tomamos la libertad de venir á su presencia; pero en el atadillo de sueldos con que la señorita nos socorrió ayer, hemos encontrado esta pieza de oro, que seguramente no habia intenciones de darnos; nos apresuramos á devolvérsela á vd.: aquí está.....» Al acabar estas palabras, puso humildemente sobre un extremo de la mesa un luis de oro, manchado ya con lo sucio de sus manos. «Pero ¿cómo creéis, les dijo Eufrosina, que soy yo quien ha echado esta pieza de oro, y no las demas personas de la vecindad que os socorrieron igualmente?—¡Ah! ¿cómo? respondió el mas jóven, que no habia hablado todavía; hemos conocido muy bien, señorita, el atadillo que echó vd. en mi sombrero.—Y ademas, añadió el mayor, no nos dieron en muchas casas de la calle; la pieza es de vd.; no hay cosa mas cierta. Suplico á vd. que vuelva á tomarla.—Veo, dijo M. de Murval, que seré yo que por equivocacion al dar algunas piezas á mi hija para vosotros..... Sí, tomo este luis; pero es para recompensar vuestra buena fé, y alentar vuestra honradez..... Ten, dijo al mayor entregándosele, te le doy muy gustoso, y deseo que te aproveche.—Quiere vd. chancearse con nosotros, dijo el menor; pero cuidado: si vd. insiste, á pesar de todo nuestro respeto, podremos sentirlo.—No me chanco de ningun modo, replicó M. de Murval, guarda esa moneda de oro.—Y yo, añadió con viveza Eufrosina, para probaros cuán amante soy de premiar y alentar las honradas prendas, doblo la cantidad, y quiero que cada uno de vosotros tenga su pequeño tesoro.....» A estas palabras fué á buscar un luis en una pieza inmediata, y le entregó al mas jóven, que mirando á su hermano, se echó á los piés de M. de Murval y su hija, y ambos hicieron en su algarabía una oracion en honor y conservacion de sus bienhechores. «Pero es con condicion, dijo la hija que se hallaba tan embelesada como ellos, de que nos canteis todavía una tonada, y baileis la danza de vuestra tierra.—¡Ah! no quede por eso, dijo el mayor.» Y hélos aquí al punto haciendo gestos, dando brincos y pernadas, se entregan á todas sus locuras y hacen morir de risa al padre y la hija, como á las demas gentes de la casa que el son de la gaita habia atraído. Acabada la danza, mandó M. de Murval que les diesen bien de desayunar; y Eufrosina les dijo al dejarlos, que deseaba les aprovecharan sus dos luises. Encargóles que cuando pasasen por delante de su casa, no olvidasen entrar en ella, y que hallarian siempre su desayuno dispuesto. Ambos montañesillos se marcharon mas contentos y conmovidos que nunca; y en la repostería, en la que los agasajaron grandemente, se entregaron á los mismos extremos que habian hecho en presencia de los amos de la casa.

Pasáronse muchos dias y meses sin que se les oyesen mentar. M. de Murval y su hija no sabian á qué atribuir tan larga ausencia. «Quizá, decia Eufrosina, se han comido los dos luises, y no se atreven á presentársenos.—No, no, replicó M. de Murval, los auvernianos son muy económicos; no desperdician tan fácilmente el dinero que llegan á juntar: su mayor fortuna está en llevarle á su país en que es muy raro; lo entregan allí á sus padres, ó compran algun pedazo de heredad para hacer mayor su reducida hijuela.» Iban engañados padre é hija sobre la inversion que los dos montañesillos habian hecho de su dinero. ¡Dos luises juntos! no habian poseído nunca tan crecida cantidad; y por lo mismo habia estimulado toda su ambicion. De unos simples danzantes de gaita que eran, se hicieron de repente mercaderes de agujas, que ellos mismos iban á comprar en las fábricas, y volvian á vender despues de lugar en lugar. Su pequeño tráfico se aumentó en tal grado, que le añadieron al cabo de algun tiempo el de encajes estrechos de Alenzon, pañuelos y cotonías de Ruan; y como nuestros dos mercaderillos crecian á proporcion que aumentaban su comercio, viéronlos al fin de dos años llevando á cuestras cada uno su fardo de géneros, empezando á seguir las ferias, y vendiendo en los pueblos menores. Su buena gracia, y su honradez con particularidad, los hizo conocidos insensiblemente. No se hablaba en todas partes sino de Santiago y Gui-

llermo; así se llamaban. En todas las aldeas, carreteras y posadas se habian ganado una reputacion, que contribuía no poco á su prosperidad. Finalmente, llegados á la edad de diez y siete años, se hallaron al pasar á su tierra en disposicion de comprar un hermoso macho de Auvernia, en el que cargaron sus fardos de mercancías; y hé aquí ya nuestros dos jóvenes y fornidos montañesillos recorriendo á pié toda la Francia, estendiendo su comercio, y haciéndose apreciar y querer en cuantas partes se presentaban.

[Continuará]

### La mano derecha y la izquierda.

FABULA.)

Aunque la gente se aturda,  
Diré, sin citar la fecha,  
Lo que la mano derecha  
Le dijo un dia á la zurda.

Y por si alguno creyó  
Que no hay derecha con lábía,  
Diré tambien lo que sábía  
La zurda le contestó.

Es, pues, el caso que un dia,  
Viéndose la mano diestra  
En todo lista y maestra,  
A la izquierda reprendía.

—«Veo, exclamó con ahinco,  
Que nunca vales dos bledos,

Pues teniendo cinco dedos,  
Siempre eres torpe en los cinco.

Nunca puedo conseguir  
Verte coser ni bordar:  
¡Tú una aguja manejar!  
Lo mismito que escribir.

Eres lerda, y no me grufias,  
Pues no puedes, aunque quieras,  
Ni aun manejar las tijeras  
Para cortarme las uñas.

Yo en tanto las corto á tí,  
Y tú en ello te complaces,  
Pues todo lo que no haces  
Carga siempre sobre mí.

¿Dirásme por Belzebú  
En qué demonios consista  
El que, siendo yo tan lista,  
Seas torpe siempre tú?»

—«Mi aptitud, dijo la izquierda,  
Siempre á la tuya ha igualado;  
Pero á tí te han educado,  
Y á mí me han criado lerda.

¿De qué me sirve tener  
Aptitud para mi oficio,  
Si no tengo el ejercicio  
Que la hace desenvolver?»—

La izquierda tuvo razon,  
Porque, lectores, no es cuento:  
¿De qué os servirá el talento,  
Si os falta la educacion?

## MELITO Y EL GÜERO.



XV

«Por lo visto, mi papá es quien ahora necesita de consuelo; sí, mucho mas que yo, porque al cabo mi cuestion con el Güero no pasa de un sentimiento entre amigos, al paso que mi pobrecito papá..... ¿Qué tal será la cosa de grave, cuando él que es tan bueno, tan dulce, que no se enoja ni con mis diabluras (y cuidado que suelo hacérselas buenas), ahora está tan atufado y tan incómodo.....?» Estas ó semejantes reflexiones se hacia Melito, aunque no en los términos que llevo espuestos, porque no sé si he

dicho ya á mis lectores que apenas tendrá unos siete años; pero si no las formuló con las mismísimas palabras referidas, el fondo de sus pensamientos era ese, y para el caso es igual. «Ahora me toca á mí consolarle, siguió diciendo el niño para sus adentros; ¿qué haré?..... ¡Vaya! lo propio que él hizo.» Y sin mas ni mas, se sacó de la boquita un pedazo de caramelo que aun no estaba totalmente disuelto, y con la mayor generosidad y abnegacion se lo ofreció á su enojado papá.



XVI

¿Creerán ustedes que el papá de Melito rehusó aceptar tamaño sacrificio? Pues sí, señor, y mucho que lo rehusó. «¿Por qué no lo querrá?» continuó diciéndose Melito, que aquel día estaba para monólogos; «¿pues yo no me hice del rogar cuando mi papá me hizo antes igual ofrecimiento! ¿Si será porque mi pedazo de caramelo ya está usado? Si es eso, ¿hay mas que ofrecerle otro que esté nuevo?» Tras lo cual, se dirigió á la mesa en busca del consuelo,

tal como se necesitaba segun su modo de ver. Me ha contado el *cardillo*, (aunque puede que sea mentira, porque el tal *cardillo* tiene la boca donde todos los embusteros) que al ir Melito á poner en práctica su laudable intento, se le atravesó, por entre las sanas reflexiones antedichas, esta que es mas egoista de lo que era menester: «¿Quién quita que haya por allí junto, otro pedazo de caramelo para mí?»

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO III.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS DENTRO DE LA CASA.

ARTICULO XII.

Reglas diversas.

[Concluye.]

XII

Quando una señora está en su ventana y pasa un caballero de su amistad, tan solo puede dirigirla una mirada de frente para autorizar su saludo, pues toca siempre al caballero saludar el primero.

XIII

El hombre que se encuentra en su ventana no debe saludar á una señora de su amistad que pase por la calle, si esta no le autoriza para ello dirigiéndole una mirada de frente.

XIV

Quando una señorita se encuentra sola en su ventana, y algun amigo de la casa que ignore los deberes de la buena educacion, se detuviere por defuera á conversar con ella, empleará todos los medios delicados que estén á su alcance para que el amigo entre ó se retire.

XV

Quando sepamos que una persona de consideracion se encuentra en nuestros umbrales, por cual-

quier motivo que la haya obligado á suspender su marcha, la escitaremos á pasar adelante, y le haremos todos los honores debidos á una visita de etiqueta. Terminado este acto, terminan tambien completamente nuestras relaciones con la persona introducida.

XVI

Quando pasare el Viático por nuestra casa, suspendamos por algun rato toda diversion, toda conversacion, todo acto que se oponga al recogimiento que debe siempre inspirarnos la presencia de la Majestad Divina, y la triste contemplacion de un moribundo que viene entonces á ofrecerse á nuestra mente; y cuando esto ocurriere entrada ya la noche, iluminemos decentemente nuestras ventanas, conservando en ellas las luces hasta que la procesion se haya alejado.

XVII

Quando en nuestra casa ocurra un accidente desgraciado, tal como la muerte, no abramos nuestras ventanas, ni salgamos á la calle en algunos dias. El número de estos dias nos lo indicará siempre nuestro estado de dolor, y la importancia del accidente, ó de la persona que hemos perdido; pero tengamos por regla, que en los casos de muerte, estas privaciones no podrán nunca durar por menos de ocho dias.

XVIII

Puede suceder que de nuestra casa haya de salir el entierro de una persona que no haya habitado ni muerto en ella, y con la cual no nos haya ligado nin-

gun vínculo de parentesco ni de especial amistad. En este caso, el decoro exige que guardemos algunos fueros á la triste visita que hemos tenido; y bien que no nos privemos de salir á la calle, cerraremos nuestras ventanas y omitiremos todo signo exterior de alegría, por un número de dias que nos indicarán siempre las circunstancias del difunto y de sus allegados.

XIX

Si en el caso del párrafo anterior, el difunto hubiere sido un pariente ó amigo nuestro, entonces no solo serán mayores nuestros miramientos, sino que vestiremos de luto las piezas de recibo de nuestra casa, en la forma y por el tiempo que estén establecidos por el uso general de la sociedad.

XX

Siempre que alguno de nuestros íntimos amigos se encuentre en un conflicto de naturaleza grave, omitiremos en nuestra casa toda demostracion exterior de alegría; y en el caso de muerte, nos someteremos á la misma privacion en los dias inmediatos, y aun cerraremos en ellos nuestras ventanas.

XXI

Quando la sociedad en que vivimos, ó una parte considerable de ella sufra una pena intensa, ó se encuentre amenazada de algun peligro, omitiremos igualmente todo acto que nos haga aparecer contentos y satisfechos, por muy exentos que estemos nosotros, nuestra familia y nuestros amigos de la afliccion que á los demas aqueja.

EL MAESTRO DE LOS NIÑOS.

HISTORIA PRIMERA.

EL POBRE Y EL RICO.

“Por naturaleza estamos obligados á hacer bien á nuestros semejantes, y esta obligacion se presenta en todas partes donde hay hombres.”

Era un hermoso dia de otoño. Juanito, hijo de un rico comerciante de Madrid, estaba jugando en el salon del prado con otro niño de su edad, al parecer muy pobre, por el vestido remendado, aunque limpio, que llevaba.

Ya hacia mas de dos horas que jugaban, cuando un lacayo se acercó, y dijo á Juanito:

—Vamos, señorito, son las tres y media, y papá estará esperando ya para comer. Vamos á casa.

Entonces el niño pobre le dijo á Juanito:

—¿Te vas, amigo mio?

—Sí, voy á comer.

—Lo siento, porque estaba tan distraido y contento jugando contigo que..... que..... no sentia el hambre que tengo.

—¡Hambre! exclamó Juanito. ¿Tienes hambre? Pues tu papá ¿no te dá de comer?

A estas palabras el niño pobre echó á llorar y respondió:

—¡Mi papá! ¡Ay! no le tengo, ni mamá tampoco. Soy huérfano y vivo con mi abuelita. Pero hoy no tenemos nada que comer hasta el anochecer, que nos darán la comida en el cuarto principal de la casa en que vivimos. Por eso mi abuela, que es aquella viejecita que está sentada en aquel banco, me ha traído al prado á jugar y tomar el sol hasta luego. En casa hace mucho frio, y no tenemos lumbre. Pero yo te entretengo: anda, amigo mio, tu papá te espera. Come con apetito y dá un besito á tu mamá. Adios.

Juanito, al oír esto, se quedó un momento pensativo, y mirando mucho á aquel niño con quien tanto había jugado, le dijo, saltándosele las lágrimas:

—Yo vivo muy cerca: vuelvo al instante, en cuanto coma. ¿Me esperas, sí?

—Bueno, te espero.

Y los dos se separaron.

Juanito llegó á su casa, donde ya le esperaban. Se sentó á la mesa despues de dar un beso á su ma-

Si alguien dice *yo amo á Dios*, y odia al mismo tiempo á su hermano, es un embustero.

Epíst. I. S. Juan.—Cap. IV, v. 20.

má y de tirar con sus manecitas del elegante bigote de su papá, retorciéndole y jugando con él.

Al fin de la comida dijo Juanito conmovido:

—Papá ¿cuánto le costará á usted el gaban de terciopelo guarnecido que me van á hacer para los días de mi abuelito?

—Unos doce duros, hijo mio; pero ¿á qué viene eso?

—Porque yo quisiera, mi querido papá, que me diera vd. ahora mismo ese dinero, y me acompañara á ver si yo lo gasto en otra cosa mas útil y mas á gusto de vd.

—Vamos á verlo, dijo el papá lleno de curiosidad. Y Juanito y su padre salieron de su casa juntos.

Estoy seguro de que todos vosotros, hijos míos, adivináis dónde fueron y qué empleo dió Juanito al dinero de que su papá le permitió disponer.

Yo lo único que sé es que al día siguiente el niño pobre y huérfano esperaba á Juanito con vestido nuevo y zapatos rusos.

Tambien he sabido que á los pocos días iban juntos á la escuela.

### EL HOMBRE Y EL BURRO.

(FABULA.)

Aunque parezca broma,  
Conviniéronse un hombre y un borrico  
En enseñarse el respectivo idioma;  
Y el burro..... ¡suerte impía!  
No aprendió ni un vocablo solamente  
En dos años de estudio y de porfia,  
Entretanto que el hombre en solo un dia,  
Aprendió á rebuznar perfectamente.

*No trates con el bruto ni un minuto,  
Pues no conseguirás la alta corona  
De hacerle tú persona,  
Y puede suceder que él te haga bruto.*

### LA CICATRIZ.

(FABULA.)

A Don Juan Don Diego hirió;  
Y aunque arrepentido luego  
Curó al Don Juan el Don Diego,  
La cicatriz le quedó:

De esto á inferir vengo yo  
Que nadie, si es cuerdo y sábio,  
Debe herir ni aun con el lábio,  
Pues aunque curarse pueda,  
Siempre al ultraje le queda  
La cicatriz del agravio.

Jamas se apartará la  
desgracia, de la casa del  
que devuelve mal por  
bien.

Proverb.—Cap. XV, v. 13.

### ECOS DE LA NOCHE.

¡Qué grato es escuchar los ecos de la noche que la naturaleza repite uno por uno! Cuando el sol ha espirado y sombras pardas velan á nuestra vista los montes y los prados; cuando duermen los pájaros y las flores comienzan á vivir, entonces, digo, es muy grato olvidar todo, los pesares del presente, los recuerdos del pasado, los temores del porvenir, para recoger en nuestra alma los ecos de la noche.

A veces es la brisa que juguetea con la rosa y el clavel, á veces el canto peregrino que lanza el centzontle, ó el eco lejano de una música, de una fiesta. Tienen un encanto indefinible todas esas melodías medio perdidas en el aire; tienen un idioma sublime esos millares de mundos que esmaltan el firmamento. De vez en cuando una ráfaga de viento viene á herir nuestra frente, y entonces, algo como un gemido sale del fondo de los bosques. A veces, cuando contemplo alguna de esas solemnes horas de la naturaleza, me imagino que las plantas miran y se gozan en el cuadro tiernísimo y poético que ellas contribuyen á formar.

Cuando la luna comienza á elevarse en medio de un brillante séquito de estrellas, las escenas se varían mas y mas; donde antes era sombra, ahora es luz; los montes que dibujaban su figura hácia el Poniente, ahora se hallan iluminados en su cima por la luz de la pálida Diana, y mas tarde proyectarán su sombra hácia el Oriente; hace un instante veíamos el transparente y diamantino globo, brillar sin obstáculo; ahora llega un blanco giron de nube y como que se empeña en ocultarlo; lo consigue, y entonces una sombra parcial cubre el suelo, y creo que se agitan y suspiran las azuladas aguas que le servían de espejo. Así llega á veces una imprudente nube á nublar el astro de nuestra dicha, y nosotros, pobres humanos impotentes para ocultar la pena en el fondo del alma, necesitamos dejar que se desborde en lágrimas y gemidos.

La frente se abate involuntariamente cuando una analogía de estas entre la naturaleza y la humanidad, llega á herirla; ya no se puede soñar, se dobla la cabeza y se medita en tanto que el aura no deja de retozar en torno de las flores; girones y mas girones de ligeras nubecillas cruzan el firmamento azul y nuestro pobre pensamiento; de repente la queja de una tórtola ó el monótono canto del mochuelo nos sacan de la abstraccion en que nos sumieran los flébiles ecos de la noche.

Setiembre 15 de 1873.

ANGELA LOZANO.

### EL LAVATORIO DEL CERDO.

[FABULA.]

En agua de colonia  
Bañaba á su marrano doña Antonia  
Con empeño ya tal, que daba en terco;  
Pero á pesar de afan tan obstinado,  
No consiguió jamas verle aseado,  
Y el marrano en cuestion fué siempre puercó.

*Es luchar contra el sino  
Con que vienen al mundo ciertas gentes,  
Querer hacerlas pulcras y decentes:  
El que nace lechon muere cochino.*

### CONSEJOS.

El primer acto, al levantarnos por la mañana, sea rendir gracias al Dador de todo bien por la vida que os concede, y prometedle emplearla en algo útil y beneficioso á los demas.

Comenzad, entonces, con ánimo las tareas cotidianas y que no haya contratiempo ni obstáculo alguno que venza vuestra perseverancia, si se trata de cosa que valga la pena de alcanzarse por medio de esfuerzos. Ni la amenaza, ni el temor os haga nunca cejar ante el cumplimiento del deber.

Jóvenes sois aún, á la virtud debeis las primicias de vuestros años, y lo que hagais ahora será vuestra herencia en los años posteriores.

Hijos míos, no amemos  
ni de palabra ni de lengua,  
sino con las obras, y en  
verdad.

Epíst. I. S. Juan.—Cap. III, v. 18.

### AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

Es mas digno de poseer algunas pocas lecciones de sabiduría que se puedan aplicar oportunamente, que saber muchas que no se tengan á mano.

El objeto de la educacion no ha de ser el brillo y esplendor exteriores, sino el desarrollo interior.

¿De qué sirve tener un gran número de libros si el poseedor no conoce mas que sus títulos?

Una gran cantidad de material no instruye sino que desalienta al estudiante.

Es mejor estudiar atentamente algunos buenos autores, que errar entre muchos.

En casa de los mayores ignorantes es donde encontraremos las bibliotecas mas numerosas, sirviendo como de ornato á sus muros.

El entendimiento recibe todas las semillas de lo noble, las cuales se vivifican con los consejos y la instruccion, así como un ligero soplo hace prender la chispa entre las cenizas.

La juventud se corrige á sí misma con la buena direccion y el estímulo.

Las facultades del alma se nutren con la instruccion, y crecen bajo su influencia á proporcion que se agregan nuevas ideas á las innatas, y que las malas se mejoran.

Las lecciones cortas, en sentencias ó versos, son de gran importancia en la educacion. Son instructivas á proporcion que despiertan la atencion y estimulan la voluntad.

La juventud, ademas, no debe cortar primero en un lugar y despues en otro, ni desear asiduamente todo á la vez.

Se alcanza el todo por medio de las partes.

La carga debe ser proporcionada á la fuerza; y no se debe sobrecargar al discípulo con mas peso del que pueda soportar.—SÉNECA.

Todo tendreis si teneis ciudadanos.

Porque el patriotismo no puede existir si no hay virtud, y esta no puede haber si no hay ciudadanos.

Pero formar ciudadanos no es obra de un día.

Los hombres, aun en la niñez, se deben acostumar á mirarse á sí mismos como individuos dependientes del Estado; y así vendrán á considerarse como partes de un todo, miembros de un solo cuerpo.

Despues, cuando hayan entrado á los dominios de las pasiones, á ese degradado modo de vida que rechaza la virtud, ya será demasiado tarde para cambiarlos.

¿Cómo podrá desarrollarse el amor de la patria bajo las muchas pasiones que lo empujan?

Y cuando la ambicion y el placer se han posesionado de un corazon, ¿qué parte de él quedará para consagrarse á los conciudadanos? — *Enciclopedia Francesa.*

Todo hombre que odia á  
su hermano es homicida, y  
ya sabeis que ningun homi-  
cida alcanza la vida eterna.

Epíst. I. S. Juan.—Cap. III, v. 15.